

Lección 17

5 de mayo de 1965

Si ser psicoanalista es una posición responsable, la más responsable de todas puesto que éste es aquel a quien se le confía la operación de una conversión ética radical, aquélla que introduce al sujeto en el orden del deseo, orden cuya posición filosófica tradicional intenta situar todo lo que en mi enseñanza concierne a la retrospección histórica, este orden les muestra que ha quedado en cierta forma excluido. Ha de saberse cuáles son las condiciones que se requieren para que alguien pueda decirse “soy psicoanalista”. Si lo que aquí les demuestro parecía desembocar claramente en que esas condiciones son tan especiales que ese “soy psicoanalista” no pueda descender en ningún caso de una investidura que, al beneficiario, no podría provenir¹ en ningún caso de ningún lugar diferente, habría entonces, al parecer, alguna contradicción si se dice que al escucharme o por lo menos al tomar en serio lo que digo (lo cual parece implicar que se viene a escucharme), se pueda igualmente continuar pensando que es suficiente con recibir esta investidura, digamos, por lo menos desde los lugares en donde lo que digo es letra muerta. Esto hace parte seguramente de las condiciones constitutivas de lo que yo llamaré: sobre la dificultad, sobre lo serio en nuestra materia.

Volveré sobre este prelude puesto que además mi discurso de hoy sólo será un intento de recoger las condiciones lógicas en las que se plantea la pregunta sobre lo que podemos concebir como el saber que se espera del psicoanalista.

Todo lo que aporté ante ustedes desde comienzos de este año, concierne a este lugar que podemos darle a aquello sobre lo que operamos, si acaso es del sujeto de lo que se trata. Lo que intenté que sintieran es que ese sujeto se sitúa, se caracteriza, esencialmente como siendo del orden de la falta, mostrándoles en los dos niveles del nombre propio por una parte, de la numeración por la otra, que el estatuto del nombre propio sólo puede articularse no como una connotación cada vez más aproximada de lo que, en la inclusión clasificatoria llegaría a reducirse al individuo, sino, al contrario, como la saturación de ese algo de un orden diferente que es lo que, en la lógica clásica se oponía a la relación binaria de lo universal y lo particular, como algo tercero e irreductible a su funcionamiento, a saber como lo singular. Quienes tienen aquí una formación suficiente para escuchar ese repaso que hago de ese intento de homogeneizar lo singular con lo universal, conocen también las dificultades que ese acercamiento le oponía a la lógica clásica y el estatuto de ese singular no solamente puede ser dado de una mejor manera en la aproximación de la lógica moderna, sino, me parece, que sólo puede ser precisado en la formulación de esta lógica a la que nos dan acceso la verdad y la práctica analítica, que es lo que intento formular ante ustedes aquí y que puede invocar, que podría invocar, si lo logro, esta lógica, a formalizar el deseo.

Por eso insistí en que esos comentarios sobre el nombre propio se completaran con esta lógica moderna de la numeración en donde resulta también que es esencialmente en la función de la falta, en el concepto mismo del cero que se arraiga la posibilidad de esta

¹ ¿no podría provenirle? [N. del T.]

fundación de la unidad numérica como tal, y que solamente por ahí escapa a las dificultades irreductibles que oponen a ese funcionamiento de la unidad numérica la idea de darle una fundación empírica cualquiera en la función del último término que sería la individualidad. Asimismo, pensaba yo que era justamente esencial llegar hasta allí para que pudieran sentir la distinción que hay entre toda concepción de la tendencia en tanto científica, en tanto nos lleva al orden de lo general; que la tendencia es específica y que el error de traducir *Trieb* por instinto consiste precisamente en el hecho de que haría de la tendencia alguna propiedad, algún estatuto que se insertaría en el algo vivo en tanto que es típico, que cae bajo el orden, bajo las garras, bajo el efecto de lo general; allí donde es por una vía singular que tenemos finalmente que invertir el asunto de saber cómo es posible que podamos atrapar algo de lo que podamos hablar científicamente.

¿Qué es ese algo? Ya lo saben, es el objeto *a*. Saben ustedes que es por la vía contraria, la de una incidencia siempre singular, y de la incidencia de una falta, que se introduce ese resultado sobre el cual, a través de un efecto de resto, podemos operar y desde el cual queda por saber en qué posición se requiere que estemos, que nos mantengamos, para poder operar allí correctamente. Es así como hoy, para llegar, al final de nuestro discurso de este año, a dar la fórmula de ese estatuto de nuestra posición, retomaré hoy ese discurso, recogiendo en torno a dos posiciones fundamentales de lo que les enseñé sobre nuestra lógica, lógica de nuestra práctica analítica, lógica implicada en la existencia de lo inconsciente:

- 1- El significante, a diferencia del signo (que representa algo para alguien), el significante es lo que representa a un sujeto para otro significante.
- 2- ¿Qué quiere decir, en nuestro campo, en el campo que descubre el psicoanálisis, qué quiere decir la fórmula, el *sujeto supuesto saber*?

Para reanudar el hilo con lo que les propuse de un modelo para aclarar una cierta tripartición de ese campo durante mi curso del 7 de abril, les recuerdo lo que aquí se reproduce a la derecha, para ustedes, de este tablero, la señal en la ventana, hecha por nuestra hipotética amante, a aquel a quien ella le ofrece su acogida. La cortina recogida a la izquierda, sola, y las cinco materitas de flores, a las cinco.

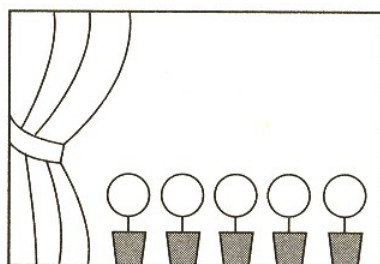


Fig. XVII-1

¿Por qué diremos que en este caso se trata de significantes? Lo dije la última vez, se trata de significantes (aún cuando parezca tratarse únicamente de elementos semiológicos), porque esto no tiene efecto si no es traducible en lenguaje; sin duda se trata de un código, pero ese código se traduce (esto es particularmente notable a nivel del primer término, del sola), se traduce en algo cuyo carácter ambiguo fundamentalmente, si no resbaloso, les manifestó. ¿Qué es estar sola sino articular ese término que hace surgir, en el hueco que lo

sigue inmediatamente, la ambigüedad de lo que se articulará bajo el deseo de ser la solaⁱⁱ, para la cita a la que es llamado “el solo”, bajo el movimiento donde se crea, en los dos sentidos, de la dirección que indica la línea en la que se articula esa pareja significativa, por una parte la cita para el encuentro, y por la otra el deseo que lo subtiende, que surge de la formulación misma?

No es todo; el estatuto de lo que se articula ahí es en cierta forma independiente de cualquier hecho; se ofrece ante todo como algo significado, como ese más allá que yo llamé con el término con el que los estoicos lo designan, el λεκτόν, así como fue de los estoicos que tomé el término de τυγχάνω¹⁸ para designar lo que se produce en la dirección hacia la derecha donde se constituye el llamado al solo para las cinco. Que se pueda dar este ejemplo, ese modelo, en cierta forma rudimentario, o tal vez somero, les permite captar que podría seguir abierta la discusión sobre el estatuto que hay que darle a este encuadre de la ventana, que ahí es lo que recubre lo real en su movimiento, en su multiplicidad, que le da forma, que constituye sujeto de frase.

deseo λεκτόν τυγχάνω

Fig. XVII-2

Esta frase es frase en la medida en que por lo menos apreciablemente en el primer término, en ese sola, algo emerge que no es sino del orden del sujeto, que, en cierta forma, no tiene ningún respondiente real. Como les dije, ¿qué es estar solo, en lo real? ¿Qué es *solo*? Ese *sola* podría en rigor evocar la suficiencia, pero es precisamente lo que es, ahí, no solamente por no evocar sino por evocar lo contrario, a saber, la falta.

Si se lo toma en ese nivel de lógica donde se muestra lo primordial del deseo respecto a toda repartición, vemos, en cierta forma, invertirse lo que la lógica clásica nos presenta en el registro de la necesidad, se necesita y basta. Es en el orden inverso que se presenta aquí, que a lo que aparentemente se anuncia como bastarse, le falta esencialmente, le falta algo que surgirá entre el solo y la hora. En otras palabras, el nivel en que tenemos que captar todo lo que concierne a nuestro campo se distingue por una repartición fundamental que voy a intentar una vez más subrayar con otros ejemplos.

En una referencia que llamaremos, para simplificar, por convención, la del conocimiento tradicional, la función del signo (al igual que en ciertas lógicas de hecho, y particularmente, les ruego que lo miren, quienes puedan verse tentados por la cosa, en lo que le concierne al nivel de la enseñanza búdica sobre la lógica), la función del signo es puesta de relieve de manera admirable. El signo es, esencialmente, no hay humo sin fuego, como lo saben ustedes, e igualmente, de hecho, no hay nada mejor que el humo para ocultar el fuego. El fuego, referente real, el humo, signo que lo cubre, y por ahí en alguna parte el sujeto, inmóvil, receptáculo universal de lo que detrás de los signos hay por conocer de supuesto real.

¿En qué se oponen la función del significativo y lo que de ahí resulta para el estatuto del sujeto? No es fácil hacer que lo sepan con una especie de deletreo y además, si es posible, sólo lo sería en un proceso mayéutico en cierta forma en el que, en cada encrucijada, sólo habría demasiadas ocasiones para que se evadan ustedes de la cadena. Por eso, rogándoles

ⁱⁱ Como sustantivo y como adjetivo [N. de T.]

notar que no haré uso enteramente hoy de éste, les doy la función completa en la que se distingue la relación del sujeto en el estatuto del significante.

Hemos de [?], nos dice la fórmula que planteé ante ustedes: que el significante es lo que representa a un sujeto para otro significante. ¿Qué se nos sugiere con esta fórmula? ¿Y por qué no la llave y la cerradura? En cuanto a la cerradura, no se trata de lo que nos permitirá descubrir cuando haya caído el pestillo o la clavija, sino de su relación con algo que la hace funcionar. ¿Pero qué es la llaveⁱⁱⁱ? Entre la llave y la cerradura todavía está la cifra; aquí la llave es engañosa. Lo que nos interesa en esto, una cerradura, que es una composición significativa, es la *internidad* de esta composición con la polivalencia, la elección, el enigma para el caso de la cifra, lo que le permitirá funcionar.

En un cierto estado de la cerradura, sólo hay una cifra que puede operar, ese uno de la cifra que supone un sujeto reducido a este uno de una combinación. Ahí no hay juego; el sujeto no es el receptor universal: tiene la cifra o no la tiene. Y el rol de la llave es bien sugestivo, es bastante divertido para representarnos que es en efecto un resto, una cosilla operatoria, un desecho en el asunto, pero sin duda indispensable que, a fin de cuentas, representa el soporte efectivo y real donde intervendrá el sujeto. En otras palabras, en la fórmula que ven aquí segunda [figura XVII- 3b] que se sustituye a la primera [figura XVII-3a] en tanto que la primera nos designa el S₁ que representa ante el S₂ al \$ que es el sujeto; pueden ver por debajo del S que si quieren en este caso es la cifra, representando ante el S de la cerradura lo siguiente: [1/a] que es el uno del sujeto, en la medida en que está reducido a ser o no la llave que hay que proveer.



Esta pequeña presentación, preámbulo, es esencial para plantear lo que debe cuestionarse. ¿Cuál es, en ese primer nivel (en la medida en que sea aquel en que hemos de operar en análisis), cuál es, cuál debe ser, cómo se presenta lo que llamaremos el estatuto del saber? Porque a fin de cuentas lo hemos dicho, y aún si no lo hubiéramos dicho, es claro que el psicoanalista es llamado, en la situación, como siendo el sujeto supuesto saber.

Lo que él ha de saber no es saber de clasificación, no es saber de general, no es saber de zoólogo. Lo que ha de saber se define por ese nivel primordial en que hay un sujeto que es llevado, en nuestra operación, a ese tiempo de surgimiento que se articula: yo no sabía. O bien yo no sabía que ese significante que está ahí, que ahora reconozco, estaba allí donde yo estaba como sujeto, o bien que ese significante que está ahí que usted me designa, que usted articula para mí era para representarme ante él que yo era esto o aquello.

Esto es lo que descubre el psicoanálisis. Y aquí subrayaré para ustedes, tomando casi al azar ejemplos en las primeras articulaciones de Freud, hasta qué punto es así como debe expresarse, de una manera apropiada, lo que se llama la estructura del síntoma. La afonía de Dora⁵¹ sólo reconocida, sólo es reconocible, para representar al sujeto Dora, respecto a ese significante que no tiene otro estatuto que el de significante, si se apunta correctamente al funcionamiento del síntoma, y que se articula, “sola con ella”, sola con ella, es decir, la

ⁱⁱⁱ clé, llave, clave.

señora K. Ella ya no puede hablar en la función misma en la que ella está sola con ella, y la afonía representa a Dora, de ninguna manera ante la señora K., con quien habla ella y tal vez demasiado abundantemente, en las circunstancias comunes, sino cuando ella está sola con ella cuando el señor K. está de viaje.

La tos de Dora. ¿Dónde ubica Freud la tos de Dora? Lean el texto. Cuando él designa allí un síntoma es en función del momento en que esta tos toma función de significante, de advertencia diría yo, dada por Dora a algo que surge en esta ocasión y que no habría surgido de otra manera. Y hay que leer el texto de Freud para seguir el recorrido puramente significante [...] de juego de palabras en torno al padre, que es un hombre “de recursos”, lo cual quiere decir, dice Freud, sin recursos, en el sentido en que la palabra recurso quiere decir también en alemán potencia sexual. No hay *Vermögen*^{iv}, ¿qué puede ser más puramente significante que ese juego de palabras homonímico y además la inversión negativa de lo que quiere decir, sin lo cual nada de la tos de Dora tendría el sentido que Freud le da, que es también el que tiene ese síntoma, que es también el del sustituto que la pareja de su padre y la señora K. le aporta a esta impotencia, particularmente lo que Freud articula, de hecho sin llevar para nada las cosas hasta sus últimas consecuencias, de la relación genitobucal?

Tomen a Juanito, la extravagante historia de la partida de *Gmunden* con no sé qué, la gobernanta a caballo sobre la montura del carruaje. ¿Cómo nos la interpreta Freud? A saber, bien puedo contarles invenciones así, si ustedes me cuentan otras. Les pregunto cómo nacen los niños y ustedes me hablan de la cigüeña. El significante vale por el significante. La única persona que no lo sabe hasta que se lo dicen es el sujeto, es Juanito. De hecho, no es de ninguna manera lo mismo porque ahí la función significante es de una molécula mucho más grande; es una gran fábula a la que se entrega Juanito.

Y para tomar un tercer ejemplo y completar nuestra histérica y nuestro fóbico con el obsesivo, recuerden en *El hombre de las ratas*, lo que sucede en esos intentos desesperados por adelgazar a los que se entrega el Hombre de las ratas, ¿en función de qué? En función de que en el mismo momento, ante su bien amada está un tal Dick; es para no ser *dick* que él quiere adelgazar. Todo su esfuerzo por adelgazar... él se esfuerza por adelgazar hasta el punto de no poder más, ¡muy precisamente para significarse ante el significante Dick y nada más!

Pero, pero, pero, algo que, que yo sepa, nunca se ha subrayado en sus rasgos generales, y sin embargo esa era la ocasión, ya que aquí nos hallamos, más a nuestras anchas, para apropiárselo, es lo que resulta al hacer un examen sencillamente ingenuo, a partir del momento en que la categoría va en tren, si puede decirse, la categoría del saber, y es que es ahí donde yace lo que nos permite distinguir radicalmente la función del síntoma, si acaso es que al síntoma podemos darle su estatuto como definitorio del campo analizable. La diferencia de un signo, de una matidez por ejemplo, que nos permite saber que hay hepatización de un lóbulo, y de un síntoma en el sentido en que debemos entenderlo como síntoma analizable y que justamente define y aísla como tal el campo psiquiátrico y que le da su estatuto ontológico, es que siempre hay en el síntoma la indicación de lo que se debe

^{iv} “Cuando insistió otra vez en que la señora K. sólo amaba al papá porque era «*ein vermögender Mann*» {un hombre de recursos, acaudalado},[...] por ciertas circunstancias colaterales de su expresión yo noté que tras esa frase se ocultaba su contraria: que el padre era *ein unvermögender Mann* {un hombre sin recursos}”; p. 42, vol. VII, traducción de José Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 1976 [N. de T.].

saber. Nunca se ha subrayado suficientemente hasta qué punto, en la paranoia no se trata únicamente de los signos de algo que recibe el paranoico, es el signo de que en alguna parte se sabe qué quieren decir esos signos, que él no conoce.

Esta dimensión ambigua, por el hecho de que hay algo por saber y que está indicado, puede ser extendida a todo el campo de la sintomatología psiquiátrica en la medida en que el análisis introduce allí esta dimensión nueva, que es precisamente que su estatuto es el del significante. Miren hasta qué punto (por supuesto no pretendo agotar en estas pocas palabras la infinita multiplicidad, el brillo en cierta manera tornasolado del fenómeno) hasta qué punto en la neurosis, está implicado, dado, en el síntoma original, que el sujeto no llega a saber, y que el estatuto de la perversión está también estrechamente ligado con algo, ahí, que se sabe, pero que no se puede hacer saber.

Es de la indicación definida, en el síntoma mismo, de esta dimensión, de esta referencia al saber, de donde quisiera ver partir, en una reunión que anuncié para el fin del seminario cerrado y que tendrá lugar, no como lo dije el 20 de junio sino el 27 de junio, por invitación de un grupo (que la gente calificada recibirá y que quienes no están calificados no tienen más que darse a conocer para recibirla), que me gustaría que parta una cierta revisión propiamente hablando nosológica, que me gustaría verla partir al nivel del elemento que es el síntoma, la puesta en valor de esta dimensión, de esta instancia y su variedad, su variabilidad, su diversidad que la última vez manifesté como tripartita (debo decir que lo hice a título introductorio, de introducción a esta materia) diciendo que ese saber en cuestión, en la medida en que también es falta, hasta fracaso, se diversifica en los tres planos aquí aislados del λεκτόν, del τυγχάνω y del deseo según las tres variedades:

- de la psicosis que sabe que hay un significado, hasta diría que vive allí, es un λεκτόν, pero que no por ello está segura de nada,
- la neurosis con su τυγχάνω ¿para cuándo el encuentro? ¿Cuándo tendré, no la llave, sino la cifra?
- y del perverso para quien el deseo mismo se sitúa, propiamente hablando, en la dimensión de un secreto poseído, vivido como tal, y que como tal desarrolla la dimensión de su goce.

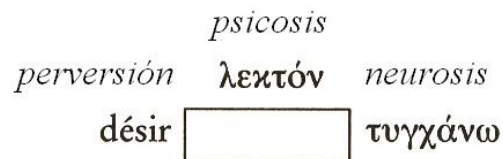


Fig. XVII-4

Pero qué ha de decirse además de ese saber, que se inscribe primero en esta subjetividad del *yo no sabía*, donde es el yo [*je*] proseguido de la vibración de ese *no*, que no es la simple negación sino el “se requiere que yo *no* sepa”, el “antes que yo *no* sepa”, “ruego al cielo que yo *no* haya sabido”, que es la prolongación del yo [*je*] mismo al que hay que dejar pegado, donde ese yo [*je*] tiene un estatuto muy diferente al del *shifter*. No es el mismo yo [*je*] que dice “yo te hablo” puesto que el (*yo*)te hablo no es más que un recordarle a la actualidad una articulación que en sí misma sigue siendo ambigua en su valor, aún cuando se proponga siempre como instituyendo una relación. Ese yo [*je*] del *yo no sabía*, ¿dónde estaba y qué era antes de saber? Es justamente aquí donde se encuentra el momento

propicio para evocar la dimensión en que culmina y cambia toda la tradición clásica en la medida en que ahí acaba un cierto estatuto del sujeto.

Son numerosos, no obstante, aquellos de ustedes que saben dónde propone Hegel el acabamiento de la Historia en ese mito increíblemente irrisorio del Saber absoluto. ¿Qué puede querer decir esta idea de un discurso totalizador? ¿Totalizador de qué? De la suma de las formas de la alienación por las cuales habría pasado un sujeto, de hecho lo saben ustedes, bien ideal, puesto que igualmente no puede concebirse que sea realizado como tal por ningún individuo. ¿Qué puede querer decir este extraño mito? Y a decir verdad ¿no es evidente que sería postergado desde hace largo rato a la manera de un sueño de pedante, si no estuviese justamente articulado por una dialéctica muy diferente a la del conocimiento y si no se nos dijera que es el ser de deseo lo que allí se perfecciona y en la medida en que los caminos a través de los cuales ese deseo ha pasado son astucias de la razón? ¿Pero quién es el astuto? Es aquel que se perfecciona^v en ese domingo de la vida, como un humorista lo articuló bastante bien, del saber absoluto puesto que es aquel que dirá “yo siempre hablo paja”^{vi} o aquel que podrá decir “a partir de ahora yo fornico”. ¿Dónde está la astucia? ¿En el deseo o en la razón? El análisis está ahí para enseñarnos que la astucia está en la razón porque el deseo está determinado por el juego del significante. Que el deseo es lo que surge de la marca, de la marca del significante sobre el ser vivo y que a partir de entonces, lo que se trata de que articulemos es ¿qué puede querer decir la vía que trazamos del retorno del deseo a su origen significante?

¿Qué quiere decir que haya hombres que se llaman psicoanalistas y a quienes interese esta operación? Es del todo evidente que en ese registro el psicoanalista, ante todo, se introduce... introduciéndose como sujeto supuesto saber, es él mismo, recibe él mismo, soporta él mismo el estatuto del síntoma. Un sujeto es psicoanalista, no erudito amparado tras categorías en medio de las cuales intenta arreglárselas para hacer cajones en los que tendrá que organizar los síntomas que registra, de su paciente, psicótico, neurótico u otro, sino en la medida en que entra en el juego significante. Y es por eso que un examen clínico, una presentación de enfermo no puede de ninguna manera ser la misma en los tiempos del psicoanálisis o en los tiempos que lo preceden.

En los tiempos que lo preceden, independientemente de la genialidad que le haya puesto el clínico (sabe dios que hace poco pude refrescar mi admiración por el estilo deslumbrante de Kraepelin cuando describe sus diversas formas de paranoia) ha de distinguirse radicalmente de lo que, por lo menos teóricamente, en potencia, de lo que ha de exigirse de la relación del clínico con el enfermo, así fuera en el plano de la primera presentación. Si el clínico, si el médico que presenta no sabe que una mitad del síntoma (como acabo de articulárselos recordándoles esos ejemplos de Freud), que de una mitad del síntoma está a cargo, que no hay presentación de enfermos sino del diálogo de las dos personas y que sin esta segunda persona no habría síntoma acabado, está condenado, como sucede para la mayoría, a dejar

^v *achever*: culminar, finiquitar, terminar, perfeccionar, acabar; aquí lo intraducible no concierne a que el uso antitético de esta palabra es, como en español, tanto perfeccionar algo como que “algo se acabe”, sino porque está el sentido del “acabar” sexual (eyacular).

^{vi} “*je jaspine toujours*”, donde *jaspiner* incluye una connotación sexual; a pesar de querer decir *bavarder*, *causer* [charlar, parlotear], se usa rara vez y muy indirectamente para evocar una situación sexual y que podría entonces hallar traducción en expresiones colombianas como “hablar paja”, “mamar gallo”, “joder”, etcétera [N. de T.].

la clínica psiquiátrica estancarse en el camino del cual debería haberla sacado la doctrina freudiana.

El síntoma tenemos que definirlo como algo que se señala como un saber ya ahí, para un sujeto que sabe que eso le concierne, pero que no sabe lo que es. ¿En qué medida podemos, los analistas, decir que estamos a la altura de esta tarea de ser aquel que, en cada caso, sabe lo que es? Sólo a ese nivel, ya ahí donde está ubicada, se plantea la pregunta por el estatuto del psicoanalista.

La pregunta está facilitada por la evolución de las concepciones de la ciencia misma respecto al saber. Pudimos creer durante mucho tiempo que el problema de la apariencia y de lo real estaba bien planteado; que todo el estatuto de la ciencia dependía de la puesta a prueba, del tanteo de la percepción. ¿Pero qué quiere decir esta oposición del yerro a lo real, sino que lo real en cuestión, así sea el de la ciencia más antigua, es lo real del sabio? Y lo que no se ve es que, ese real del erudito, a saber lo que es un saber ¡es nada más y nada menos que un cuerpo de significantes y ninguna otra cosa! Si la noción de información pudo tomar esta forma anónima que permite cuantificarla en términos de lo que se llama *bit*, es en la medida en que el almacenamiento, el *storage* de elementos de información se basta a sí mismo ante nuestros ojos para constituir lo que se llama un saber... Salvo por supuesto que eso sólo comienza a tener sentido si ustedes hacen circular en alguna parte, no importa donde, y no pueden evitar su sombra, a un sujeto sin duda infinitamente móvil. Si les place escribir en términos de información el funcionamiento interno de un organismo biológico por ejemplo, significa que, independientemente de lo que tengan, en alguna parte pondrán, al igual que Descartes (no necesariamente en la glándula pineal, sino donde quieran ponerlo, se encontrará bien siempre en alguna parte, en cualquier otra glándula de secreción interna), a un sujeto, un sujeto que se escabulle, un sujeto huidizo.

Por ese saber, tal como hemos de darle un estatuto, ya no es una lógica aristotélica la que pueda responder, puesto que, ya lo verán, basta con plantear la pregunta al nivel de la ciencia, de una ciencia moderna, de una ciencia que es la nuestra, para hallarnos ante problemas muy curiosos en *impasse* que son los que llamaron la atención de Aristóteles. En su caso, se trataba del contingente. Un acontecimiento que tendrá lugar mañana ¿es verdad ahora que tendrá lugar o que no tendrá lugar? Si es verdad ahora, entonces es que se juega ahora. Por supuesto, Aristóteles era un espíritu con demasiado buen sentido como para no evadirse de tal coerción, y esto es para que subrayemos que no siempre es cierto que una proposición debe ser verdadera o falsa.

Esta solución, sea buena o mala, ha sido discutida. No es esto lo que nos interesa; es darnos cuenta de que podemos plantearnos la pregunta de saber si la doctrina newtoniana era cierta antes de que la formulara Newton. Pues bien, ¡me gustaría saber como se las arregla la asamblea al respecto! Pero para mí, con gusto mostraré mis cartas diciendo que me parece poco verosímil decir que el saber newtoniano era cierto antes de haberse constituido por Newton, por la simple razón de que ahora ya no lo es. ¡No lo es en absoluto! En la necesidad misma del saber, de la articulación significativa, está esta contingencia de no ser más que una articulación significativa, una cerradura montada.

Nosotros, los analistas, ni siquiera tenemos que ir tan lejos; simplemente este entechado está hecho para que no nos hallemos tan desorientados por tener que vérnosla con una exigencia tan diferente. ¿Cuál es esta exigencia? Se sitúa en el nivel de la incidencia

significante original, aquélla donde el sujeto resulta al mismo tiempo surgir y al mismo tiempo alienarse por el hecho de esta incidencia significativa. De ese significativo al que se le exige que, para representar al sujeto, se dirija, en tanto significativo, sea el representante diplomático del sujeto ante otro significativo, ¿va a exigirse de nosotros que lo hallemos en toda ocasión? ¿Cuál sería la paradoja de una exigencia y de un deber que no sería aquel que siempre ha asumido el erudito, como el sofista, que es el de tener respuesta para todo?... para todo lo que se ha organizado como discurso, para todo lo que se ha montado como combinación significativa; estar siempre a la altura del discurso, no de ese algo absolutamente original que es o que sería ese significativo único y supuesto ese ὄνομα primordial donde el sujeto se especificaría respecto al mundo entero del significativo. Lo absurdo de esta posición se demuestra suficientemente, y ahí está el punto de vértigo que conlleva incluso la idea de interpretación; es a la vez lo que nos permite escapar de ahí, eso es lo que la relativiza. No es con eso con lo que tenemos que vérnosla, no más de lo que nuestro conocimiento de psicoanalista podría desembocar en esa especie de fatalismo de saber según el cual la respuesta ya estaría en nosotros y no por el hecho de que de nosotros se espere la respuesta.

Las posibilidades del reencuentro, que es de lo que se trata en el llamado del deseo, son en sí mismas más que improbables, e igualmente el horizonte de signos, de significados sobre los que se despliega la experiencia subjetiva es por su naturaleza enigmática y se anuncia como tal al nivel del λεκτόν. En lo que concierne al deseo, no será hoy que avance el término, salvo para decir que se trata de lo real del deseo y de su estatuto en la operación analítica. Digamos simplemente que en primer lugar y fenomenológicamente, se nos anuncia como siendo el campo de lo imposible.

Henos aquí bien cercados. ¿Acaso efectivamente la posición del analista se resumiría en ese algo que llamaríamos, no fatalismo del saber sino fetichismo; que de un saber imposible de sostener, el analista sería algo como el borne o la pequeña viga?

Ahí está el punto de impasse donde entiendo concluir hoy, para intentar, la próxima vez que nos veamos, volverlo a abrir.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español: Belén del Rocío MORENO CARDOZO, Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN, Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA, Javier JARAMILLO GIRALDO, Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ, Pilar GONZÁLEZ RIVERA, Tania ROELENIS HRNCIROVA. Posteriormente he recibido precisiones, anotaciones, correcciones de Sylvia de Castro K., Myriam Cotrino y Luisa Matallana L., a quienes agradezco sinceramente el haberse tomado el tiempo para anotar sus dudas y enviarlas a este correo.

Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com